

Venezuela: De Un Régimen Híbrido a Otro Autoritario



Fuente: BBC

La Venezuela gobernada férreamente por Nicolás Maduro es un Estado semi fallido, con un régimen cada vez más autoritario, una economía casi colapsada y una gravísima fractura social. La élite política post chavista ha vaciado prácticamente por completo las

instituciones, la recesión económica es severa, la red de transportes es pésima y la escasez de productos básicos llega al 70% y todos estos factores reflejan la ineficacia y la inequidad de un régimen en crisis. Históricamente se entiende la “revolución bolivariana”, impulsada por



Hugo Chávez, dado el completo agotamiento del anterior régimen corrupto en el que se turnaban en el poder los supuestos socialdemócratas de *Acción Democrática* y los democristianos del COPEI. De un lado, la crisis de representación, y de otro, el aumento de las desigualdades sociales no corregidas por los partidos tradicionales fueron los principales causantes del chavismo. Su proyecto surgió para intentar invertir los ingresos petroleros de Venezuela en redistribución social y, una vez en el poder, los elevados precios del crudo favorecieron la consolidación del régimen, si bien, tras la muerte de su fundador en 2013, el panorama no dejó de deteriorarse.

Características estructurales del régimen

El “socialismo del siglo XXI” hoy no es más que una consigna retórica totalmente vacía puesto que el régimen ha anulado casi todo vestigio de pluralismo competitivo libre. El propio discurso de Maduro está plagado de nacionalismo anacrónico y mesianismo religioso (“la lucha del bien contra el mal”, *sic*), sin referencias – siquiera retóricas – a las luchas de clases en términos ideológicos clásicos de la izquierda radical. Este discurso típicamente populista se caracteriza por un estilo agresivo y zafio que se acompaña de una práctica que se ha revelado crucial para la supervivencia del régimen. Se trata de recurrir al clientelismo

como método para tener bolsas de apoyo seguras: aunque a la baja por la desastrosa situación económica, el régimen proporciona algunos subsidios populares para el consumo y ha reforzado el control con el *Carnet de la Patria*, indispensable para poder acceder a ciertas prestaciones y ayudas. Los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP) son el principal mecanismo clientelar para retener voto cautivo y controlar a la población.

El *madurismo* ha dado paso a una dictadura de nuevo tipo, con rasgos patrimoniales, oligárquicos, clientelares y corruptos que apenas mantiene una superficial fachada representativa, falseada desde la ilegítima toma de posesión de la Presidencia del país el 10 de enero de 2025. Maduro ha prescindido de los formalismos que la propia Constitución de Chávez establece y que el fundador, mal que bien, solía respetar. Así pues, el autoritarismo político es ya la norma pues la práctica del *madurismo* supone el fin de la división de poderes, una severa restricción del pluralismo y el archivo de las garantías procesales. En consecuencia, Venezuela tiene hoy un régimen seudodemocrático, sin derechos políticos ni sociales reales, que de hecho funciona bajo un estado de excepción permanente. Se ha dado paso a un sistema verticalista, basado en una



conjunción cívico-militar, toda vez que el aparato burocrático del Partido Socialista Unido de Venezuela no es más que un instrumento al servicio de la élite y la cúpula militar está integrada en las grandes corporaciones económicas y en la estructura del propio gobierno. Maduro ha optado por imitar en buena medida el modelo del dictador nicaragüense Daniel Ortega en el sentido del vaciamiento total de las instituciones, así como en mantener un régimen extractivo, endeudado, corrupto y represivo.

Además del clientelismo, el otro gran instrumento del régimen para perpetuarse es la represión, cada vez más intensa frente a la protesta y la disidencia. En este sentido, se ha dado paso a un régimen policial fuertemente represivo, con constantes detenciones, encarcelamientos masivos de disidentes, vulneraciones sistemáticas de derechos humanos y torturas, con frecuente ilegalización de partidos opositores, incluyendo a chavistas críticos. Se ha intensificado el control mediático: el régimen tiene el monopolio del papel (41 periódicos han cerrado entre 2013 y 2018) y no se han renovado concesiones a docenas de emisoras de radio y de canales televisivos críticos. Una ley contra el odio se ha convertido en una poderosa herramienta para silenciar a opositores, otra sobre las ONG

restringe su autonomía y la propuesta gubernamental de aprobar una ley “antifascista” permitirá liquidar cualquier disidencia y encima con retórica “progresista”.

El modelo económico venezolano es insostenible a largo plazo porque depende exclusivamente del monocultivo del petróleo- por cierto, con unas infraestructuras extractivas envejecidas- y no ha resuelto ninguno de los problemas estructurales del país. Es un modelo errático, muy ineficiente, no modernizado tecnológicamente, carece de visión estratégica general de futuro, ha disparado el burocratismo y tiene cada vez más dificultades para el reparto clientelar. Los índices económicos son deficientes y cada vez más negativos los de desarrollo humano y todo ello porque el modelo extractivista del país es muy vulnerable a los choques externos del mercado internacional. Por lo demás, Venezuela no es un país energéticamente relevante pues sus 300.000 barriles de crudo diarios solo representan el 0.3% del mercado, siendo la producción mundial de cien millones de barriles diarios.

La gestión económica del régimen es desastrosa hasta el punto de que se ha producido una contracción de treinta puntos del PIB: despilfarro, corrupción, recesión, desigualdades, hiperinflación que ha liquidado a la clase media, fortísima emigración (unos 7.7



millones de venezolanos se han ido del país, sobre una población de unos 29 millones), pobreza y alta inseguridad (la delincuencia está fuera de control). En suma, se han producido desabastecimiento, fuga de capitales, dolarización de la economía, destrucción de la ya endeble producción nacional, alta especulación financiera y grave deterioro de los servicios públicos, entre otros factores por la obsoleta red eléctrica nacional. A ello deben añadirse la devaluación monetaria, la deuda pública descontrolada, el recorte draconiano del gasto público, la reducción salarial y una deuda externa disparada que ha obligado al país a pagar una cantidad que duplica el tamaño económico de Venezuela.

El régimen ha pasado de un modelo tradicional de capitalismo rentista agotado y carente de un sistema fiscal como es debido (esto no ha cambiado en la actualidad) a un neoliberalismo *sui generis*: Maduro ha liberalizado el modelo económico de tal suerte que ahora el gran capital transnacional está haciendo grandes negocios, a la vez que FEDERCAMARAS, la principal patronal de Venezuela que en el pasado se había enfrentado a Chávez, está hoy en plena sintonía con el régimen dada su clara apuesta neoliberal. Desde 2022 se ha eliminado el impuesto a las grandes transacciones financieras, con obvia

satisfacción de los capitalistas venezolanos que, además, han conseguido debilitar a los sindicatos sin que el gobierno haya hecho algo por evitarlo. Por lo demás, las desigualdades sociales no han hecho más que crecer: el 10% más rico acapara cerca del 40% del ingreso nacional.

Maduro se apoya en la “boliburguesía” (los nuevos sectores “bolivarianos” que se han enriquecido con el régimen), pero tiene relaciones fluidas y no conflictivas con la burguesía tradicional no chavista, precisamente por la orientación neoliberal asumida, una realidad que parece escapar por completo a los sectores de la izquierda mundial que tienen una actitud justificativa y de apoyo al régimen. Con Maduro se ha agravado la pobreza (según el Informe de la entidad Codevida afecta ya nada menos que al 87% de la población) y ello ocurre porque el gobierno solo aplica recetas paliativas. De un lado, el régimen utiliza la pobreza como arma de dominación y control, y de otro, está totalmente inserto en el sistema neoliberal global. La base social chavista estricta está entre el 15% y el 20%, luego hay un 30% que reconoce que casi nada funciona, pero que tampoco ve como algo deseable la llegada al poder de una oposición liderada por la derecha. Así pues, se ha pasado de la seducción populista de 1998 al desapego social resignado:



la mayoría de la población no está con el régimen, pero el pesimismo predomina. A todo ello, hay que añadir que Maduro ha desintegrado cierto tejido social solidario que se había creado en barriadas populares en tiempos de Chávez, entre otros factores por no creer en la participación y por temor a que tales redes pudieran autonomizarse.

De Chávez a Maduro

Chávez no dejó de acumular poder entre 1999 y 2013, en 2005 la oposición perdió el referéndum revocatorio y, a continuación, decidió no concurrir a las elecciones de la Asamblea Nacional. Se trató de un grave error porque en esa circunstancia Chávez pudo disponer a su antojo de tal institución para todos los nombramientos de altos cargos del Estado que requerían aval parlamentario y así se hizo con el control completo del Tribunal Supremo, la Controlaría, la Defensoría cívica, la Fiscalía y el propio Consejo Nacional Electoral. El régimen colonizó todos los poderes del Estado (ejecutivo, legislativo y judicial), se aseguró el control completo de las fuerzas armadas y los cuerpos de seguridad, así como de las empresas públicas y los medios de comunicación públicos. Con tal vaciamiento- que se hizo de forma progresiva- se acabaría dando paso a un régimen iliberal que redujo considerablemente los espacios de libertad y pluralismo.

Chávez quiso ensayar una vía revolucionaria ni de partido único como en Cuba ni de democracia liberal y dio paso a un modelo de democracia “participativa y protagónica”: esta consigna careció de concreción real y el despliegue práctico del chavismo acabaría desvirtuando tal promesa. Pese a la creciente polarización política, con Chávez la oposición pudo concurrir a las elecciones en condiciones de razonable competencia libre- no sin algunas limitaciones-, así como organizar manifestaciones multitudinarias. En cambio, Maduro ha empeorado- y mucho-a Chávez. Convirtiéndose en un dirigente inamovible desde 2013 y tras la usurpación del 10 de enero de 2025 ha dejado claro que jamás entregará el poder voluntariamente. Maduro fue un delfín un tanto inesperado que no procedía de las fuerzas armadas y su habilidad ha consistido en revestirse como el continuador más fiel del legado chavista. Maduro inició un proceso de constante y creciente concentración del poder desde 2013 y su principal resultado ha sido el de confirmar que la “revolución bolivariana” ha degenerado en una catástrofe sin paliativos. A partir de ahí, cuando el régimen perdía alguna elección recurrió a artimañas como en 2015 crear una Asamblea paralela (“constituyente”) para bloquear a la genuina (la Asamblea Nacional), algo avalado por el Tribunal



Supremo *adicto* que admitió el trasvase de competencias de una a otra en 2017.

De un lado, el *madurismo* representa la versión más degradada del sistema chavista- ya de por sí híbrido-, lo que ha dado paso a una dictadura de nuevo tipo, y de otro, ha agravado la inestabilidad, la tensión y la polarización en Venezuela. El *madurismo* encarna una alianza civil-militar-policial autoritaria y patrimonialista, carente de legitimidad. Por ello, el gobierno de Maduro ni es de izquierdas (más allá de una insustancial fachada semántica retórica) ni siquiera vagamente *progresista* por su corrupción, sus abusos, su violencia represiva y su pésima conducción económica que ha disparado la precarización de la vida de la gran mayoría de los venezolanos. La élite *madurista* jamás aceptará pasar a la oposición tanto por el riesgo de ir a prisión, como por sus intereses económicos. En efecto, esta élite que hoy controla el Estado de forma patrimonial dispone de grandes recursos para perpetuarse en el poder que Maduro ha reforzado con el apoyo de una reducida cúpula (Cilia Flores, Diosdado Cabello, Vladimir Padrino y Delcy Rodríguez forman el núcleo *duro* del régimen) y aunque carece del carisma y de la popularidad de Chávez (apenas el 25% le apoya) hoy no tiene alternativa. Se trata de una oligarquía política *bunkerizada* que no está dispuesta a negociar

nada con la oposición y menos a perder el poder y esto viene de lejos porque hace años Diosdado Cabello- el número dos real- afirmó que, aunque eventualmente la oposición ganara alguna vez la Presidencia, los chavistas/maduristas jamás le entregarían el gobierno.

Se ha pasado de un régimen híbrido con Chávez a otro autoritario con Maduro al anularse la competencia electoral como factor clave para la legitimidad del gobierno. El *madurismo* parece estar asumiendo no exactamente el modelo cubano, sino el nicaragüense que, sobre el papel, tiene una “oposición” decorativa. Algunos analistas están emparentando el modelo de Maduro al del antiguo PRI mexicano, pero más caótico y disfuncional: *Freedom House* puntúa hoy a Venezuela como uno de los Estados más autoritarios de la región, apenas unos quince puntos sobre cien en derechos y libertades.

El fraude electoral de 2024-2025

La oposición es aún legal- con muchas trabas y continuos cierres de medios no “adictos”-, pero la imposibilidad de ganar al régimen ha generado un sentimiento de impotencia, resignación y apatía en muchos de sus seguidores. La oposición venezolana no suele estar bien articulada y sus diversas plataformas unitarias sucesivas han sido instrumentales y efímeras. Además de la fragmentación, la



mayoría de la oposición está escorada a la derecha y este factor favorece a Maduro, aunque su composición interna es muy variada al incluir a grupos *ultras*, conservadores y liberales tradicionales, grupos progresistas moderados e incluso a chavistas críticos, aunque estos últimos no comparten la estrategia de confrontación de la indiscutible líder opositora, María Corina Machado. Esta dirigente, que es muy conservadora, ofrece ahora una imagen dialogante y moderada y anuncia su predisposición a negociar una transición democrática con el *madurismo* con el compromiso de descartar la revancha y la persecución, pero es evidente que la élite del régimen hace caso omiso de una líder a la que odia. La oposición cayó en la misma estrategia de confrontación radical y en este duelo tenía todas las de perder al no controlar casi ninguna parcela de poder (más allá de unos pocos gobernadores regionales y algunos alcaldes). Centrarse solo en la protesta y las movilizaciones no funcionó y provocó agotamiento: la oposición lo ha intentado todo y no ha podido nunca con el régimen, a la vez que ha ido quemando a un líder tras otro (Leopoldo López, Enrique Capriles, Antonio Ledezma o Juan Guaidó).

El 28 de julio de 2024 se dio uno de los mayores fraudes electorales de América Latina:

el régimen se negó a hacer públicas las actas, aunque la oposición consiguió copia de más del 80% de las mesas electorales que dieron un triunfo contundente (70%) a un veterano diplomático, Edmundo González, de perfil moderado (aunque para Ione Belarra, dirigente de *Podemos*, se trata de un “ultraderechista peligroso y violento”, algo inverosímil) ya que Machado, la líder opositora, quedó antes inhabilitada. El Consejo Nacional Electoral no cumplió su obligación legal de publicar las actas desglosadas y el Tribunal Supremo, sin que le correspondiera tal competencia y suplantar a aquel, validó unos supuestos resultados globales cuando el recuento no había concluido. En consecuencia, el Consejo Nacional Electoral declaró la victoria de Maduro por el 51.2%, frente a González con el 44.2%, pero sin publicar las actas desagregadas como siempre se había hecho. Una de las poquísimas organizaciones internacionales autorizadas por el gobierno venezolano a observar las elecciones, el prestigioso *Carter Center*, hizo un informe negativo sobre el proceso.

En consecuencia, Maduro va a gobernar en condiciones de completa ilegitimidad social, política e internacional y, tras este golpe a la democracia, es incomprensible que una cierta izquierda siga apoyando a un régimen autoritario, represivo y con rasgos mafiosos



como el de Maduro, quizás presa de un culto anacrónico por cierta retórica oficialista (lucha “contra el imperialismo y el fascismo” de los Estados Unidos de América y de la derecha venezolana). En España, aunque *Sumar* ha tenido una actitud crítica, *Podemos* (esto era esperable) e Izquierda Unida (esto ha sido más inesperado) han justificado el colosal fraude electoral cometido en Venezuela. No puede ignorarse que los fundadores de *Podemos* estuvieron desde el principio con el régimen, con el que colaboraron incluso, pero el caso de Izquierda Unida resulta decepcionante ya que ha abandonado las raíces del “eurocomunismo” que apostó por la democracia pluralista sin ambages, lo que supone un giro involucionista negativo.

¿Por qué el régimen (aún) no cae?

Es muy difícil superar a un régimen que lleva un cuarto de siglo en el poder y ha tejido una enorme red de intereses y de control social y no puede ignorarse que lo controla todo: fuerzas armadas, policía, tribunales, consejo electoral, Asamblea Nacional, casi todos los gobiernos regionales y municipales, los medios de comunicación públicos y las empresas estatales. Probablemente la clave radique en el control de las fuerzas armadas, la única institución que, en su caso, podría derribar al régimen: tras el fracaso del golpe de Estado de 1992 Chávez

entendió que, tras su victoria electoral en 1998, era fundamental tejer una sólida alianza entre el ejército y los grupos políticos que le habían apoyado. A su vez, la asesoría cubana ha moldeado un aparato de seguridad temible (el SEBIN), uno de los pocos campos en los que los regímenes del “socialismo real” son eficientes. El régimen ha introducido a los mandos militares en numerosas corporaciones económicas, fundamentalmente en la empresa pública del petróleo (PDVSA), además de disponer de varios Ministerios en el gobierno.

Por último, no puede ignorarse la importancia de algunos apoyos externos para la preservación del régimen: a parte del apoyo incondicional de Cuba (que ha organizado el aparato de seguridad venezolano) y Nicaragua, la clave es el respaldo, sobre todo económico, de China, Rusia, Irán y Turquía que le permiten al régimen sortear las sanciones internacionales. China, en particular, es el mayor acreedor de Venezuela (23.000 millones de dólares de la deuda externa de ese país), convirtiéndose así en el principal puntal del régimen. En este panorama no deja de ser un tanto paradójica la actitud de los EUA: de un lado, apoyan a la oposición y favorecen las sanciones, pero, de otro, operan económicamente en Venezuela sin el menor problema y, por cierto, con grandes ventajas fiscales aceptadas por Maduro, al margen de su



insustancial retórica “antiimperialista”. Los EUA compran petróleo a Venezuela (la compañía Chevron ha obtenido notables concesiones) e incluso parecen interesados en invertir pese a las sanciones y todo ello en condiciones muy favorables para la primera potencia mundial. Habrá que ver la actitud de la Presidencia de Donald Trump frente al régimen *bolivariano*, probablemente una combinación de presiones incrementadas y pragmatismo comercial.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat
Catedrático emérito de ciencia política de la
Universidad de Barcelona.



Fuentes de referencia

- R.M. Álvarez Itriago: “El sistema político venezolano en el período 1999-2020: ¿persistencia o ruptura?”, *Reflexión Política*, 23 (48), 2021.
 - A. Arellano: “Lo que ha cambiado en Venezuela: el reto de la oposición”, *Diálogo Político*, 2, 2016.
 - N. Arenas: “Nicolás Maduro: ¿populismo sin carisma?”, *Cuadernos del Cendes*, 92(33), 2016.
 - A. Ayuso y S. Gratiús: “Indicios de fraude electoral alejan un cambio político en Venezuela”, *CIDOB Opinión*, 808, julio 2024.
 - L. Bonilla-Molina: “La situación de la clase trabajadora en Venezuela (2013-2024)”, *Sin Permiso*, 28 diciembre 2024.
 - Y A. Camero Guevara y M. Hidalgo Trenado: “La consolidación de un régimen neopatrimonial en la Venezuela de Nicolás Maduro (2013-2020)”, XVI Congreso de la AECPA, 2022.
 - M.A. Díaz: “Las vías institucionales para resolver la crisis política de Venezuela están siendo peligrosamente cerradas”, *Sin Permiso*, 23 noviembre 2024.
 - M. Gerig: “Venezuela: sanciones imperialistas, capitalismo de amiguetes y larga depresión. Entrevista”, *Sin Permiso*, 3 noviembre 2024.
 - H. González Briceno: *Violencia y corrupción: la política en la Venezuela de Hugo Chávez y Nicolás Maduro*, Yotta Bay, 2018.
 - D. Hernández-Martínez y E. Pérez-Lagüela: “Análisis de sostenibilidad del modelo económico venezolano: chavismo, petróleo y distribución de la renta”, *Iberoamerican Journal of Development Studies*, 6 (2), 2017.
 - M. López Maya: *El ocaso del chavismo*, Grupo Alfa, Caracas, 2015.
 - M. López Maya: “La crisis del chavismo en la Venezuela actual”, *Estudios Latinoamericanos*, 38, 2016.
 - M. López Maya: “Venezuela: desde la democracia representativa al régimen sultánico de Nicolás Maduro”, en G. Caetano y F. Mayorga (eds.), *Giros políticos y desafíos democráticos en América Latina. Enfoques de casos nacionales y perspectivas de análisis*, Clacso, Buenos Aires, 2020.
-



- M. López Maya: “Venezuela: ¿por qué cayó la democracia?”, *Revista Mexicana de Sociología*, 86, 2024.
- J. Natansen: “Venezuela como autoritarismo caótico”, *Nueva Sociedad*, agosto 2024.
- R. Osío Cabrices: *Venezuela: memorias de un futuro perdido*, La Catarata, Madrid, 2024.
- M. Salmerón y C. Salmerón: “¿Por qué Nicolás Maduro sigue en el poder pese al colapso de Venezuela?”, *Notes Internacionals CIDOB*, 211, 2019.
- E. Terán Mantovani: “Venezuela: un régimen ‘cívico-militar-policial’. Entrevista”, *Sin Permiso*, 9 diciembre 2024.
- Varios: “Venezuela después de Chávez”, *La Vanguardia Dossier*, 49, 2013.
- Varios: “Venezuela, la notte dell’alba”, *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 3, 2019.

Publicado por

Con el apoyo de



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores
